

## CAPÍTULO XXII

DONDE CAMILO DE ROZÁN RECONOCE LO DIFÍCIL QUE LE SERÍA DAR MUERTE Á SALVADOR, SEGÚN LO HABÍA PROMETIDO Á SUSANA DE VALGENEUSE.

Se recordará, que al abandonar nuestro amigo Camilo á la señorita Susana de Valgeneuse á la conclusión del penúltimo capítulo, creyó encontrar un medio muy sencillo para desembarazarse de Salvador, ó mejor dicho de Conrado, legítimo heredero de Valgeneuse.

Pero en este mundo, lleno de contrariedades, no es suficiente encontrar un medio de deshacerse de lo que estorba. Entre el proyecto y la ejecución media un abismo.

Conforme á la resolución tomada, Camilo de Rozán se había presentado en casa de Salvador, y no habiéndole encontrado, le dejó una tarjeta.

Al día siguiente de la escena conyugal que acabamos de referir, Salvador, con su verdadero nombre de Conrado de Valgeneuse, se hizo anunciar en la casa del arrogante americano.

Este, ligeramente conmovido, como sucede por lo general en los momentos decisivos á todos los hombres que toman determinaciones violentas, más por efecto, de temperamento que como resultado de un razonado cálculo, éste, repetimos, mandó al criado que hiciese pasar al que se anunciaba á la sala, á quien se uniría en seguida.

Pero á fin de que se comprenda bien cuanto vamos á

referir, diremos primeramente de dónde venía Salvador al presentarse en la casa de Camilo.

Venía de casa de su prima la señorita Susana de Valgeneuse.

Á la primera indicación que hizo para ser admitido en la habitación donde se hallaba la joven, se le contestó, que la señorita de Valgeneuse no recibía.

Insistió, y otra vez fué negada su petición.

Pero nuestro amigo Salvador tenía calma, y cuando deseaba alguna cosa, la deseaba de veras.

Tomó la segunda tarjeta y debajo de su nombre de Conrado de Valgeneuse escribió con lápiz:

« Viene para tratar sobre la herencia. »

Jamás ninguna palabra mágica, ni maravilloso talismán abrió las puertas de un castillo encantado con más prontitud que estas palabras.

Se le hizo entrar en el salón, donde la señorita de Valgeneuse pasó á recibirle algunos instantes después.

La desesperación en que la había puesto la pérdida de su fortuna la había cambiado notablemente; su frente estaba pálida, sus mejillas lividas y sus párpados irritados; asemejándose á esas bellas y febriles habitantes de los terrenos pantanosos, cuya mirada vaga parece flotar en un mundo desconocido para nosotros. El frío de la enfermedad que parecía llevar sobre sí, contagió en parte á Salvador, y cuando entró también él se estremeció involuntariamente.

Salvador, para presentarse en casa de su prima, había cambiado de traje, vistiéndose no solamente como un hombre del gran mundo, sino hasta como un elegante del día en la más rigorosa etiqueta.



Al mirarle tan distinguido, tan bello, los ojos de la joven se encendieron con un fuego siniestro y despidieron rayos de cólera y de rencor.

— ¡Tenéis que hablarme, caballero? dijo secamente y con cierto aire de desdeñosa superioridad.

— Si, prima mía, respondió Salvador.

La señorita de Valgeneuse hizo un movimiento bastante marcado al escuchar la palabra prima, que consideró como de una injuriosa familiaridad.

— ¿Y qué podéis desear de mí? contestó ella con el mismo tono.

— Vengo á hablaros, continuó Salvador, á quien el desdén de la señorita de Valgeneuse le dejaba completamente tranquilo, de la posición en que habéis quedado á consecuencia de la muerte de vuestro hermano.

— ¿Entonces es de los asuntos de la herencia de lo que venís á hablarme?

— ¡Ya comprendéis su importancia! ¿no es cierto?

— ¿Vos pretendéis que esa herencia os pertenece, según creo?

— No pretendo, lo afirmo.

— Afirmar no cuesta nada; pleitearemos.

— Afirmar no cuesta nada, replicó Salvador; pero pleitear cuesta mucho, y vos no pleitearéis, prima mía.

— ¿Y quién me lo impedirá? ¿quizá vos?

— ¡Dios me libre!

— ¿Entonces quién?

— Vuestro buen juicio, vuestra razón, vuestro notario sobre todo.

— ¿Qué queréis decirme?

— Quiero decir, que ayer hicisteis venir á vuestro notario, que es al mismo tiempo el mío, á Mr. Baratteau, un

buen sujeto á quien le habéis dicho que os pudiese al corriente en vuestros asuntos, y comprendiendo que no teniais nada, le habéis pedido consejo y os ha aconsejado no pleitear, porque el testamento que poseo está hecho de manera que no puede originar ningún proceso.

— Consultaré á mi abogado.

— Scila no os dará mejor consejo que Caribdis.

— Entonces, ¿qué deseáis, caballero? No comprendo el objeto de vuestra visita, á no ser que tengáis el designio de vengaros en una mujer del rencor que teniais contra su hermano.

Salvador movió la cabeza con dulzura y melancolía.

— Yo no he tenido rencor contra nadie; tampoco le he tenido contra Loredán, y por consecuencia mal puedo tenerle contra vos. Una palabra hubiera sido suficiente para unirnos á vuestro hermano y á mí. Es verdad que esta palabra, aunque no era gran cosa, era la palabra conciencia, y él no debía pronunciarla jamás. No vengo por tanto á injuriosos, y tan lejos estoy de ello, que si queréis escucharme, comprenderéis que el corazón que habéis creído colmado de rencor no está lleno para vos más que de la más respetuosa compasión.

— Os doy gracias por vuestra amable piedad, mi apreciable caballero; pero las mujeres como yo no se bajan hasta pedir una limosna, porque antes se dejan morir.

— ¿Queréis escucharme, señorita? dijo respetuosamente Salvador.

— Sí; pero os comprendo, vais á ofrecerme una pensión vitalicia para que el mundo no diga que habéis dejado morir á una parienta en el hospital.

— Yo no os ofrezco nada, respondió Salvador sin detenerse al escuchar las extravagantes suposiciones de la joven;



he venido á vuestra casa con objeto de informarme de vuestras necesidades y con el deseo y la esperanza de satisfacerlas.

— Entonces, explicaos claramente, dijo Susana admirada, porque ignoro adónde vais á parar.

— Es, sin embargo, muy sencillo. ¿Cuánto gastáis anualmente? En otros términos: ¿cuánto necesitáis al año? ó si lo deseáis de otro modo: ¿qué suma os hace falta por año para continuar viviendo bajo el mismo aspecto en que lo hacéis hoy día?

— Lo ignoro completamente, dijo la señorita de Valgeneuse, porque jamás me he ocupado de esas minuciosidades.

— Entonces, yo os lo diré, continuó Salvador; debíais gastar, viviendo vuestro hermano, cien mil francos por año.

— ¡Cien mil francos! exclamó la joven admirada.

— Ahora bien: yo supongo que vos, prima mía, gastáis la tercera parte de esta suma, es decir, que de treinta á treinta y cinco mil francos es lo que os hace falta anualmente.

— Pero, caballero, interrumpió Susana admirada, no solamente por la suma que se la ofrecía, sino porque empezaba á imaginarse que por una ú otra causa su primo iba á enriquecerla, y que podría recorrer largas distancias con Camilo; pero, caballero, continuó, apenas puedo yo gastar esa suma.

— Bien está, pero á veces hay años muy malos, y por consecuencia os daré, previendo estos malos tiempos, cincuenta mil francos por año; el capital permanecerá en casa de Mr. Baratteau, y vos percibiréis, sea mensualmente, sea por trimestres ó como queráis, la renta que produzca. ¿Os parece aceptable mi proposición?

— Pero, caballero, replicó Susana, manifestando en su rostro la alegría, aun suponiendo que yo acepte, es preciso sin embargo que sepa con qué título he de recibir esa donación.

— En cuanto á vuestros derechos, señorita, dijo Salvador sonriendo, como ya he tenido el honor de deciros, no tenéis ninguno.

— Entonces yo diré con qué título, añadió precipitadamente la joven.

— Con el título de sobrina de mi padre, señorita, dijo gravemente Salvador: ¿aceptaréis?

Multitud de ideas se agolparon de repente en el cerebro de la joven al escuchar aquella proposición tan sencillamente formulada; comprendió que Salvador era una de esas criaturas nacidas más directamente de Dios, y que han recibido del cielo la vivificante transmisión del bien, y que son arrojadas sobre la tierra para corregir el mal que ocasionan los que son inferiores á ellas. Distinguía como al través de las brumas de un ensueño todos los horizontes sonrosados de los campos del amor; su vida, agitada é insegura hasta la muerte de su hermano, negra, agitada y tumultuosa desde hacía tres días, reflejaba de repente los vivos colores del arco iris; mil esperanzas acariciadoras, como las brisas del estío refrescaban su frente, y entregando el corazón á todas las ilusiones de un halagüeño porvenir, fijó sobre Salvador una mirada en que demostraba el más vivo reconocimiento.

Hasta entonces le había mirado con cierto rencor; pero al fijar en él sus ojos llenos de gratitud, no pudo reprimir un movimiento de admiración; le encontró bello, espléndido, deslumbrador, y no se limitó á manifestarle su resentimiento por la mirada sino que lo hizo también con sus palabras.



Salvador no demostraba advertir la impresión que su presencia producía en la joven y la preguntó por segunda vez y con tanta gravedad como la primera :

— ¿ Aceptáis, prima mía ?

— ¡ Con reconocimiento ! respondió la señorita de Valgeneuse con una voz profundamente conmovida y tendiendo las dos manos al joven.

Pero éste saludó y dió un paso para retirarse.

— Voy, señorita, dijo, á mandar extender en casa de Mr. Baratteau el acto que os constituye heredera de un millón : desde mañana podréis cobrar el primer trimestre.

— Primo mio, gritó procurando detenerle, haciendo uso de la voz lo más dulcemente que la fué posible : Conrado, ¿ hará mi desgracia que me aborrezcáis ?

— Señorita, contestó Salvador con una fría sonrisa, yo no aborrezco á nadie.

— ¿ Es posible, Conrado ? continuó Susana dando á su voz y á su fisonomía la expresión de la más viva afección ; ¿ es posible que hayáis olvidado una época de nuestra vida, la infancia y la juventud, que la hemos atravesado uno al lado del otro ? ¿ que tenemos un pasado común, que llevamos el mismo nombre, y que hasta la misma sangre corre por nuestras venas ?

— Nada he olvidado, Susana, contestó tristemente Salvador, ni aun los proyectos que nuestros padres tenían en cuanto á nosotros ; y tan cierto es lo que os digo, que por ese recuerdo es precisamente por lo que hoy me tenéis en vuestra casa.

— ¿ Decís verdad, Conrado ?

— Yo no miento jamás.

— ¿ Y creéis entonces haber hecho bastante por la sobrina de vuestro padre, asegurándola con tanta generosidad

su bienestar material ? Yo estoy sola en el mundo, Conrado ; enteramente sola desde hoy. No tengo ni parientes, ni amigos ni apoyo alguno.

— Dios es quien os castiga, Susana, dijo con gravedad el joven.

— ¡ Oh, sois severo hasta la dureza, Conrado !

— Susana, ¿ no tenéis nada de que censuraros ?

— Nada grave, Conrado ; á no ser que llaméis faltas graves las coqueterías de una joven ó los caprichos de una mujer.

— ¿ Y es por capricho ó por coquetería, Susana, replicó solemnemente Conrado, por lo que vos os habéis prestado á la odiosa maquinación, cuyo resultado ha sido el robo de una joven pensionista, robo ejecutado á vuestra vista, por vuestro hermano y con vuestro concurso ? ¿ Creéis que Dios no castiga si no un día, otros, caprichos de esa naturaleza ? Pues bien, Susana, ese día ha llegado, y Dios os castiga con el abandono, con el aislamiento, con la ausencia de toda familia ; castigo severo, pero merecido y por consecuencia justo.

La señorita de Valgeneuse bajó la cabeza, y el sonrojo que no había podido contener, se demostró en el acto en su fisonomía.

Un instante después levantó lentamente la cabeza como buscando una contestación.

— Es decir, Conrado, que vos, mi más próximo y último pariente, me rehusáis no solamente vuestra amistad, sino vuestro apoyo. Sin embargo, Conrado, yo no soy una pecadora endurecida ; el fondo de mi corazón es bueno, creedme, y podría quizá reparar con vuestra ayuda una falta que es horrible, no lo dudo, pero que tiene su atenuación, si no su excusa, en la causa que la originó.



¿Dónde está esa joven, Conrado? Yo iré á echarme á sus pies y la pediré perdón. Era huérfana y sin fortuna; pues bien, yo la traeré conmigo, será mi amiga, mi hermana; la dotaré, la casaré. En fin, Conrado, para hacer olvidar los pocos años dedicados al mal, pasaré mi vida en hacer bien. Solamente os pido una gracia: dadme valor, ayudadme, prestadme apoyo.

— Es demasiado tarde, contestó Salvador.

— Conrado, replicó la joven, no seáis para mí el ángel del castigo. He oído constantemente pronunciar vuestro nombre de Salvador, como el nombre de un ser benéfico. No seáis tan severo como Dios mismo, vos que no sois más que una de sus criaturas. Tended la mano á quien os suplica, en vez de lanzarle más en el abismo. Á falta de amistad, tened compasión, Conrado; aun somos jóvenes los dos y no hay nada que sea desesperado para nosotros. Estudiadme, sometedme á la prueba, procurad encontrarme en alguna falta, y si pongo para el bien tanto entusiasmo como he desplegado para el mal, veréis, Conrado, cuántos tesoros de abnegación y afecciones sinceras puede encerrar un corazón, origen para lo bueno.

— Es demasiado tarde, replicó melancólicamente Salvador. En el mundo moral soy una especie de médico, Susana; he tomado á mi cuidado el trabajo de curar las heridas que á cada momento causa la sociedad. El tiempo que he pasado á vuestro lado es un tiempo robado á mis enfermos; dejadme volver hacia donde ellos están y olvidad que me habéis visto.

— No, Conrado, exclamó impetuosamente la joven; nunca se diga que no he puesto de mi parte cuanto me ha sido posible. Yo os suplico, Conrado, que procuréis convertirnos en mi amigo.

— Jamás, respondió amargamente el joven.

— Sea así, murmuró Susana, no hablemos más; pero supuesto que os ha parecido conveniente el que os quede reconocida por vuestro comportamiento tan generoso por más que no comprenda la causa, ¿queréis dejarme obligada á todo en este asunto?

— La causa es la que os he dicho, Susana, repitió severamente Salvador; os lo juro delante de Dios. En cuanto á dejaros obligada á todo, yo no deseo más que tener ocasión de complaceros; pero explicaos porque no os comprendo, ¿tenéis necesidad acaso de una anualidad adelantada?

— Quiero dejar á Paris, respondió Susana, y no solamente á Paris, sino á toda Europa. Voy á retirarme á un punto solitario de América ó del Asia; tengo horror al mundo, y necesito toda la fortuna que vos tenéis la bondad de darme.

— Adonde quiera que vayáis, Susana, recibiréis vuestra renta; no tengáis ningún cuidado en cuanto á eso.

— No, dijo Susana, que parecia dudaba; tengo necesidad de llevar toda mi fortuna conmigo, quiero trasladarla y que se ignore aquí hasta el punto que haya elegido para mi retiro.

— Os comprendo, Susana: ¿es todo vuestro capital, es decir un millón, lo que me pedís?

— ¿No habéis dicho, hace poco, que ese millón estaba depositado en casa de Mr. Baratteau?

— Y ahora os lo repito, Susana: ¿cuándo le queréis?

— Lo más pronto posible.

— ¿Cuándo pensáis partir?

— Hoy mismo si pudiese.

— Hoy es demasiado tarde para poder realizar esta suma.



— ¿Qué tiempo necesitáis?

— Veinticuatro horas á lo más.

— ¿Según eso mañana á estas horas, dijo la señorita de Valgeneuse, cuyos ojos chispeaban de alegría, podré partir llevando un millón conmigo?

— Sí; mañana á estas horas.

— ¡Ah! Conrado, exclamó la joven con una especie de exaltación amorosa, ¡por qué no nos hemos encontrado en mejor camino! ¡Qué mujer hubiera sido á vuestro lado y de cuánto amor os hubiera rodeado!...

— Adiós, prima mía, dijo Salvador, quien no quería escuchar más. Que Dios os perdone el mal que os habéis hecho, y que os preserve del que tal vez tengáis pensado hacer todavía.

La señorita de Valgeneuse tembló involuntariamente.

— Adiós, Conrado, le dijo, atreviéndose apenas á mirarle; os deseo toda la felicidad que merecéis, y suceda lo que quiera, no olvidaré jamás que un cuarto de hora que he estado á vuestro lado, ha sido bastante para volver á encontrarme convertida en una mujer honesta y con un buen corazón.

Salvador saludó á la señorita de Valgeneuse y se trasladó, según hemos dicho al principio de este capítulo, á casa de Camilo de Rozán.

— Caballero, le dijo tan pronto como distinguió al americano, he hallado vuestra tarjeta en mi casa, y vengo á informarme, tan pronto como me ha sido posible, de la razón que me ha proporcionado el honor de vuestra visita.

— Caballero, preguntó Camilo, ¿os llamáis verdaderamente Conrado de Valgeneuse?

— Sí, caballero.

— ¿Vos sois por consecuencia el primo de la señorita de Valgeneuse?

— Ciertamente.

— Pues bien, caballero; mi visita no tenía otro objeto que saber de vos mismo, por lo que he oído decir, si sois heredero legítimo, y cuáles son vuestras intenciones en cuanto á los derechos de la señorita Susana.

— Bien quisiera contestaros, caballero, pero antes necesito saber con qué título me preguntáis. ¿Sois el encargado de negocios de mi prima; su abogado, su consejero? ¿Sobre qué me hacéis el honor de preguntarme, sobre sus derechos ó sobre mis intenciones?

— Sobre los unos y sobre los otros.

— ¿Entonces, amigo mio, sois sin duda su pariente y su encargado de negocios?

— Ni uno ni otro; soy el amigo íntimo de su hermano y creo tener un título suficiente para informarme de la suerte de su hermana, que ha quedado huérfana.

— Muy bien. Vos sois el amigo de M. de Valgeneuse; entonces ¿por qué os dirigis á mí que era su mortal enemigo?

— Porque no conozco á otro pariente más que á vos.

— Según eso, ¿es á mi caridad á quien habéis recurrido?

— Á vuestra caridad, si la palabra os agrada.

— Entonces, amigo mio, ¿por qué me habláis en ese tono? ¿por qué estáis tan agitado, tan nervioso, tan febril? El que cumple el piadoso deber que vos llenáis en este momento, no se turba como vos lo estáis. Una buena acción se cumple friamente: ¿qué os sucede?

— Caballero, creo no estamos aquí para discutir sobre mi temperamento.



— Sin duda alguna; pero estamos para discutir los intereses de una persona ausente, y por consecuencia debe hacerse con calma. En una palabra, ¿qué es lo que vos me hacéis el honor de preguntarme?

— Os pregunto, dijo violentamente Camilo: ¿qué pretendéis hacer en cuanto á la señorita de Valgeneuse?

— Pues tengo el honor de contestaros, querido amigo, que este es un asunto de mi prima y mío.

— Ó lo que es lo mismo, ¿rehusáis el contestarme?

— Lo rehuso en efecto, y yo nunca digo más que lo que quiero decir.

— Pues bien, caballero; como hablo en nombre del hermano de la señorita de Valgeneuse, miro vuestro silencio como una falta de corazón.

— Qué queréis, mi corazón no está constituido del mismo modo que el vuestro.

— Yo, caballero, diría francamente mi pensamiento, y si un amigo me preguntara, no le dejaría intranquilo en cuanto á la suerte de una huérfana.

— Entonces, ¿por qué habéis dejado á Colombán inquieto en cuanto á la suerte de Carmelita? preguntó Salvador con una voz severa.

El americano se puso pálido y se estremeció; había querido dar un arañazo y había salido mordido.

— ¡Todos los transeuntes me echarán á la cara el nombre de Colombán! exclamó Camilo lleno de cólera; pues bien, vos pagaréis por todos, continuó mirando á Salvador con un aire amenazador, vos me daréis una satisfacción.

Salvador lanzó una sonrisa del mismo modo que debe sonreír el roble al ver agitarse á la débil caña.

— ¡Ojalá os diese satisfacción! murmuró con desprecio haciendo referencia á la provocación de Camilo.

Pero advirtiendo que se lanzaba sobre él y que parecía querer unir al gesto la amenaza, Salvador, con la calma enérgica de que le hemos visto dar pruebas por tres ó cuatro veces durante este drama, cogió la mano que Camilo adelantaba, y oprimiéndola vigorosamente hizo retroceder al americano á dos pasos, y colocándose en el sitio en que éste se encontraba antes, le dijo:

— Ya veis que no os encontráis con sangre fría, mi apreciable amigo.

Entonces un criado entró, trayendo una carta que había conducido con toda urgencia un encargado.

Camilo arrojó la carta sobre la mesa; pero á las instancias del criado, la volvió á coger y con el permiso de Salvador, leyó lo que sigue:

« Conrado sale de mi casa, le hemos calumniado. Tiene un corazón noble y magnánimo. Me da un millón, lo que indica que todas vuestras tentativas para este objeto son en adelante inútiles. Haced vuestra maleta en seguida; salimos inmediatamente para el Havre, y partiremos mañana á las tres.

» Vuestra SUSANA. »

— Contestad que estoy conforme, dijo Camilo al criado al mismo tiempo que rompía la carta y arrojaba los pedazos en la chimenea.

— Caballero Conrado, dijo levantando la cabeza y dirigiéndose hacia Salvador, os pido perdón de la extravagancia de mis palabras: no tienen más excusa que mi amistad con Loredán. La señorita de Valgeneuse me da parte de la conducta fraternal que habéis observado con ella; no me resta más que expresaros mi sentimiento por la conducta que he observado para con vos.



— Adiós, caballero, dijo severamente Salvador, y para que mi visita no sea del todo inútil, evitad, si me creéis, el destrozar el corazón de una joven. No todas tienen la angelical resignación de Carmelita.

Y habiendo saludado Camilo, Salvador se retiró, dejando al joven americano un poco turbado por la escena que acababa de tener lugar.

### CAPÍTULO XXIII.

MR. MONTAUSIER Y MR. TARTUFFE.

Los arzobispos son mortales, y nadie se atreverá a contradecir esta opinión. En todo caso, no hacemos más que emitir la idea que había agitado impetuosamente a monseñor Coletti el día en que supo por Mr. Rappt la noticia de la peligrosa enfermedad del arzobispo de París, Mr. de Quelen.

Apenas Mr. Rappt partió, cuando monseñor Coletti mandó enganchar su carruaje y se hizo conducir a casa del médico del arzobispo. El médico confirmó el dicho de Mr. Rappt, y monseñor Coletti volvió a su hotel con el corazón lleno de una inexplicable felicidad.

En el mismo instante formuló el pensamiento de que todos los arzobispos eran mortales, pensamiento que expresado por La Palice hubiese ocasionado el regocijo de alguno; pero que en boca de monseñor Coletti adquiría la importancia poco jocosa de un decreto de muerte.

Durante los tumultos en que siguieron las elecciones, monseñor Coletti no faltó de llegar él mismo ó mandar al

palacio arzobispal a tomar noticias de la salud del prelado por lo menos tres veces por semana.

La fiebre se hacía más intensa de día en día, y las esperanzas de monseñor Coletti crecían en razón directa de la fiebre de monseñor de Quelen.

La enfermedad llegó hasta el día en que para recompensar a Mr. Rappt de sus dragonadas (1) por las calles de París, el rey había nombrado al marido de Regina mariscal de campo.

Monseñor Coletti se hizo conducir a casa de Mr. Rappt, y con pretexto de felicitarle, le preguntó si había recibido noticias de Roma relativas a su nombramiento.

El Pontífice no había contestado aún.

Transcurrieron algunos días, y una mañana, entrando en las Tullerías monseñor Coletti, distinguió con gran admiración el carruaje del arzobispo que entraba en el zaguán del palacio al mismo tiempo que el suyo.

Bajó rápidamente el cristal, y sacando la cabeza por la ventanilla miró desde lejos el carruaje del arzobispo para asegurarse de que no había sido una ilusión.

Por su parte monseñor de Quelen, que había reconocido también el carruaje de monseñor Coletti, tuvo la misma idea, y al sacar la cabeza por la portezuela advirtió al obispo en el momento que le reconocía.

La vista de monseñor Coletti no pareció alterar a monseñor de Quelen, pero la de monseñor de Quelen en buen estado de salud pareció contristar profundamente a monseñor Coletti.

(1) En tiempo de Luis XIV se empleó a los dragones en la persecución de los protestantes, desde cuya época se introdujo en Francia este calificativo.  
(N. del T.)